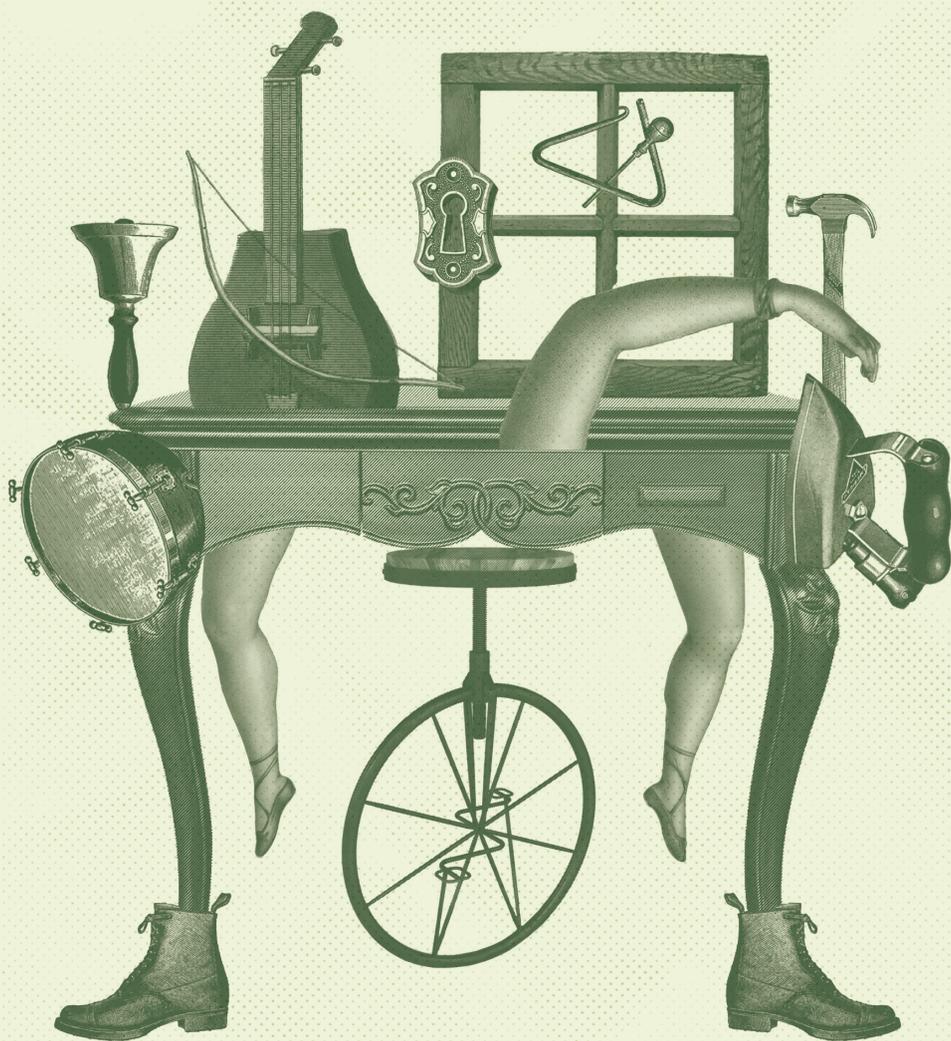


# EL Titiritero



Carlos Fernández

—Es como un teatrino de títeres, pero sus criaturas no cuajan en trapo, sino en sonido —dije.

—Eso es lo que decía mi padre cuando construía estas mesas.

El padre de Mirryog Glazzier había sido titiritero y creador secreto de seres de sonido. Además de manejar los títeres, él mismo los fabricaba. Una cosa llevó a la otra. En la radio de los años cuarenta, los objetos con que se producían sonidos para los radioteatros —papeles crujientes para crear el efecto de fuego, láminas metálicas para los truenos, cocos para el galope de caballos— erraban de un lugar a otro en los estudios, hasta que el padre de Mirryog tuvo la idea de construir una mesa con gavetas para guardar la utilería sonora. Y pensó: ¿por qué no ponerle a la mesa vidrios, puertas, cerrojos y tablones con gravilla, arena y tierra, para producir sonidos de casas, castillos y edificios, y de caminatas sobre terrenos de diferentes texturas? El padre de Mirryog aplicó su espíritu de titiritero a la forja de la mesa.

—Y así nació este artefacto —dijo Mirryog, palmeando el ejemplar de la mesa de los sonidos que estaba delante de nosotros<sup>1</sup>.

—No es un simple recipiente de objetos sonoros, sino, ella misma, una mesa que suena —dije.

Mirryog me miró.

—Sensitiva por todas partes —añadí.

Mirryog me miró más, si eso era posible

—Como una piel —dije.

—Me parece estar oyendo a mi padre, que digo, a un vástago de mi padre.

—¿Como un títere que fuera yo de él?

—No. O sí. O del espíritu de la mesa. O del espíritu que le inspiró fabricar estas mesas.

1. Aquí pueden conocer una historia verdadera de la mesa: <https://soundcloud.com/user-727266862-39394862/una-mesa-que-construye-mundos-los-efectos-en-el-radiotetro-colombiano-del-siglo-xx>  
Y aquí: <https://www.senalmemoria.co/articulos/la-mesa-de-sonidos>  
Y aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=HNKChrBD6B8>

Mirryog Glazzier es el nombre de quien hace seis meses fue Malfezz Gozlazz y hace un año, Malafandez Gruckzz, siempre una M al comienzo del nombre y una G al del apellido. Y zetas por todas partes. Su cédula dice que se llama Mauricio Grey. Él pide que lo llamen con los nombres que inventa y que —explica— quiere que sean muy sonoros. Yo había ido a su casa a entrevistarlo y tenía la esperanza de que me ofreciera un café antes de empezar, pues venía del norte y tuve que levantarme muy temprano y atravesar la ciudad para llegar a tiempo.

Mirryog dijo:

—Esta que estamos viendo es la más... la menos... ¡sensitiva, dijo usted! La menos sensitiva de las mesas que construyó mi padre.

Yo iba a comentar algo, una bobada edulcorada seguramente. Mirryog no se dejó interrumpir:

—En esa palabra, *sensitiva*, ha sido usted muy sabio, porque vea que el diccionario dice que sensitivo es lo que es capaz de sentir y... y... —se alargaba, no sé si para crear un suspenso o porque lo superaba la importancia de lo que iba a decir—... y lo que es capaz de despertar la sensibilidad.

Hice alguna cara a la que Mirryog consideró necesario añadir:

—Hace sentir y ella misma siente.

Tuve un remezón. Estaba ante un demiurgo. ¿Cuál de los dos era? ¿El padre muerto o el hijo?

—Mi padre tenía... no veleidades... no inclinaciones... ¡compromisos políticos! Con ningún partido. Aunque era liberal. Pero trabajaba solo, sin directorio que lo dirigiera, sin líder que lo subyugara... Venga le muestro.

Mirryog salió de la penumbra de la sala, cruzó el patio, al que iluminaba un sol que parecía de diciembre, pero esta era una mañana de febrero. Miré el cielo, era azul sin nubes, seguí a Mirryog a través de un comedor de muebles grandes de aspecto rústico, pasamos entre dos armarios en cuyas repisas había radios viejos bien conservados y llegamos ante una puerta que parecía la de un cuarto para guardar escobas, traperos, baldes salpicados de pintura, esa clase de cosas.

Mirryog me preguntó si había apagado la grabadora. Le dije que la había dejado en la sala y que no había llegado a prenderla.

—Fabuloso.

Rechinó la puerta, cuyas bisagras estaban concienzudamente oxidadas. Oí alejarse los pasos de Mirryog. Bajé detrás de él, apoyándome en las paredes hasta que las

“

ÉL PIDE QUE LO LLAMEN  
CON LOS NOMBRES QUE  
INVENTA Y QUE –EXPLICA–  
QUIERE QUE SEAN MUY  
SONOROS

”

paredes desaparecieron. Estiré los brazos en la oscuridad. A ambos lados debía de extenderse un abismo.

Apenas un metro me separaba del suelo. Mirryog había prendido una luz rojiza y amarilla que salía de unos aparatos con rejillas que estaban distribuidos por el espacio visible.

⋮ **—Estas lámparas las fabricó mi padre —dijo Mirryog—, la penumbra es fundamental.**

Mirryog señaló una silla y me dijo que me sentara. La silla estaba en la frontera entre la penumbra rojiamarilla y la oscuridad. El espacio visible y el invisible olían a frío y a pendiente, metáforas con las que aprehendí lo que estaba barruntando con los ojos. Mi silla era la última de un conjunto de filas arqueadas que se sucedían en declive hasta un pozo negro. Un teatro. Una sala subterránea. No me pareció modesta. Toqué el terciopelo en que estaba sentado. Era tupido y no despedía polvo. El aire estaba limpio. Una mano aseaba el lugar y le daba ese olor a agua. Mirryog puso fin a mis conjeturas con el clic de un interruptor. Se iluminó el escenario. En el centro había una mesa como la que había visto en la sala, pero era más negra y tenía formas irregulares, accidentadas, más obra de la naturaleza que de unas manos industriosas. Entre mi silla y el escenario, se extendía un mar de sillas sumergidas en la oscuridad.

⋮ **—Estaba trabajando en esto cuando usted timbró —dijo Mirryog—, no se me había olvidado que usted iba a venir, pero soy muy desordenado con el tiempo. Por eso, llego tarde a todas partes. Menos mal que puedo seguir trabajando con usted presente.**

¿Podré contar esto?, pensé, ¿o tendré que venir a entrevistarlo otro día?

Como yo estaba sintonizado con Mirryog o con el espíritu de las mesas, fue natural que me dijera:

—Esto no debe contárselo a nadie. No corro ningún riesgo al traerlo aquí porque ya me di cuenta de quién es usted. Arriba le vi la entraña. Por la entrevista, no se afane, la hacemos después y así no vuelve con las manos vacías a su... ¿emisoras?

—Fonoteca.

—Ya decía yo que es muy raro que la radio se interese en estas cosas. Cosas que fueron su vida en tiempos pasados.

La voz de Mirryog estuvo detrás de mí, a mi lado, adelante... hasta que lo vi aparecer en el escenario, junto a la mesa. Fue como si se hubiera desmaterializado y rematerializado. De nuevo desapareció. Sonó algo metálico y volvió a aparecer. Tenía una varilla en la mano. Se había agachado a buscarla, la recogió y se levantó, por eso desapareció y reapareció, me dije. Algo volvió a sonar. Parecía el ensayo de un músico desafinado. Mirryog balanceaba una lámina de cristal que estaba unida a la mesa y la rozaba con la varilla. El roce originaba tan perfecta desarmonía. Detuvo el cristal y puso la varilla sobre la mesa, pero el sonido no se detuvo enseguida. Sobre el desvanecimiento de la música desafinada, dijo:

—No se extrañe de lo que está viendo. Algunas de las cosas que hizo mi papá cuando se embebió en la fabricación de estas mesas afectaron para siempre... por lo menos, hasta ahorita... la acústica de este teatro.

Antes de que le preguntara, me dijo:

—Que también construyó él. Con ayuda. De gente leal. Donde aspiraba a presentar obras a un público enterado. O ignorante, aunque deseoso de saber. Obras que solo llegaron a oídos de unos pocos, gente de una discreción inquebrantable. Donde se hubiera filtrado la noticia de la existencia de este subterráneo, habrían venido los chulavitas a acabar con todo y yo no habría nacido. Mi padre y mi madre habrían sido otros muertos de la Violencia. ¿Sabe quién fue mi madre?

Me contó que se llamaba Alicia, que tenía una voz ronca que, como la mesa, resonaba unos segundos después de que se quedaba callada. Esa voz y su vocación de analizar y crear le abrieron las puertas de la Radio Nacional, donde pronunció al aire unos artículos deliciosos, dijo Mirryog<sup>2</sup>, que eran una mezcla de reseña y crítica radioteatral.

—Sabrá usted... claro que sabe, por eso está aquí, que en la Radio Nacional se hacían adaptaciones radioteatrales de obras de la literatura y el teatro... universales. Con esa rimbombancia llamaban a la literatura. Mi madre escribió sobre las versiones originales y sobre las adaptaciones para la radio que

2. Alicia es un personaje ficticio, aunque sus artículos se inspiran en textos reales sobre radioteatros escritos por mí para Señal Memoria, mucho menos deliciosos que los suyos.

hacían los directores, entre ellos, Bernardo Romero Lozano<sup>3</sup>, ¿se acuerda?, el que metió al teatro Colón al elenco de *Edipo Rey* porque los actores, los músicos y los coros no cabían en la emisora. Mi madre habló sobre *Orfeo*, de Jean Cocteau, sobre *Las Moscas*, de Jean-Paul Sartre, sobre *Macbeth*<sup>4</sup>, de William Shakespeare... y un día le dijo a mi padre: *Tenemos que llevar al radioteatro un drama que denuncie el régimen del terror que está viviendo Colombia. ¿Quién se atreverá a escribirlo? ¿Quiénes, a actuarlo? ¿Nos permitirán emitirlo?* La audacia de mi madre se unió a la rebeldía conspirativa de mi padre y sus dos voluntades crearon este proyecto, que todavía no llega a los miles de oídos que merece.

Me propuse buscar a Alicia en los archivos de la fonoteca. Me parecía saber quién era, pero todavía no había oído ninguno de sus artículos hablados.

—Mi madre —prosiguió Mirryog— arriesgó la vida yendo a los escenarios de la violencia y trajo las ruinas y la tierra con que ella y mi padre construyeron esta varilla y esta mesa. Como usted, él visionó que la mesa de los sonidos sería una piel sensitiva que reaccionaría al estímulo del titiritero, es decir, del sonidista, nombre con que se conoce este antiguo oficio. Que digo, noble. Porque no sé qué tan antiguo será. Es que cuando queremos decir noble, decimos antiguo, mañas de la retórica...

Aunque nos separaban diez metros, hablábamos sin forzar la voz, es decir, él hablaba y yo escuchaba.

—Mi padre no llegó enseguida a la fabricación de este instrumento. Como le conté, comenzó resolviendo el problema práctico de en dónde meter ese mundo de cosas sonoras, papelitos, láminas, cocos, para que no anduvieran a la deriva por los estudios de las emisoras, y poco a poco su imaginación sensual concibió la mesa sonora. La sensualidad asociada a la piel engendró no pocos encuentros eróticos entre mi madre y mi padre en este subterráneo cuando esto no era sino suelo y paredes de tierra. Hasta me habrá engendrado a mí esa imaginación inflamada, qué carajos. A esos goces se sumaron la zozobra y la rabia engendradas por la violencia. Que dizque los liberales eran no sé qué criatura mitológica, comunista y contrahecha, decía Laureano Gómez; que los conservadores del país debían armarse y que no se podía ser

3. Bernardo Romero Lozano fue un director radioteatral real, así como su versión de *Edipo Rey*, a la que se refiere Mirryog.

4. Estas obras realmente se adaptaron para el radioteatro en la Radio Nacional de Colombia.

“  
 ... ÉL VISIONÓ QUE LA MESA  
 DE LOS SONIDOS SERÍA  
 UNA PIEL SENSITIVA QUE  
 REACCIONARÍA AL ESTÍMULO  
 DEL TITIRITERO, ES DECIR, DEL  
 SONIDISTA...  
 ”

liberal y católico al mismo tiempo, predicaban los curas. A los liberales los mataban con sevicia para que su muerte sirviera de mensaje. Desde allá vienen esas palabras tan mentadas hoy: genocidios y masacres. ¡Y la censura! Porque la había y teníamos el deber de burlarla... fue ahí cuando mi padre tuvo la idea de hacer de esta una piel con escozor, que, al vibrar, emitiera los horrores de la guerra. Para llevar a cabo su idea, consiguió unos cuantos amigos, incluidos él mismo y mi madre, y se fueron a andar los campos y a traer el cascajo de la guerra.

A medida que me acostumbraba a la penumbra, descubría que las paredes y el techo del teatro estaban cubiertos por láminas de madera que formaban triángulos, polígonos y líneas que seguían direcciones diversas. Esa geometría formaba un conjunto frondoso que parecía multiplicarse, como el relato de Mirryog, que salía de la Bogotá de finales de la década del cuarenta y se encaminaba a terrenos devastados:

—Anduvieron sobre los escombros de las casas incendiadas, por los sembrados calcinados, sobre las cercas derribadas, recorrieron con sigilo páramos y ríos recogiendo cosas, y en las madrugadas trajeron ese material a este lugar, donde estamos conversando usted y yo. Al mismo tiempo que comenzaron a ampliarlo y amoblarlo, mi padre y mi madre mezclaron, pulverizaron y masajearon el material hasta formar una masa como de pan, y luego le dieron forma siguiendo los planos de las mesas sonoras que mi padre fabricaba para las emisoras. Crearon puertas de casas, de castillos y de edificios, hicieron chapas, bisagras, cerrojos, persianas, cadenas y cristales. A medida que se rodeaban de esas répli-

cas de las cosas del mundo, se daban cuenta de que estaban creando algo que era superior a ellos. Metieron cada pieza en un horno que le mostraré cuando acabe de contarle esta historia y sacaron solidificadas las partes que desde esos años conforman esta mesa.

Mirryog acarició el lomo de la obra de sus padres.

—Ensamblaron la mesa y se preguntaron: ¿y ahora qué? La mesa sonora concebida como una piel había sido hasta esa noche un proyecto delirante de mi padre. No había hecho ningún ensayo. Lo que les había vendido a las emisoras eran mesas de maderas comunes y corrientes. Reunidos en la oscuridad en torno a la mesa, mis padres y sus dos o tres invitados hicieron silencio porque a mi madre se le había ocurrido que una escucha profunda junto a los dolores y horrores condensados en el material podría generar algún conocimiento, alguna compenetración. Esa oscuridad se volvió como de agua, brillante, azulada, fresca. Y vino la vibración. Una cara de la mesa comenzó a despedir una música. Oyeron el horror y lo sintieron retumbar en sus barrigas. Horror que podía atribuirse a cualquier causa: a los Señaladores, a los Pájaros, a una cuadrilla embozada, a un disparo, a esas voces graves de los presidentes, que con la boca parecen esparcir formol que crispa los nervios y no palabras. Las manos de mi madre y de mi padre cayeron sobre las caras de la mesa. Abrieron y cerraron las puertas como si deslizaran el arco sobre el violín, pulsaran las cuerdas de un arpa o tocaran el teclado de una marimba. Aunque los sonidos respondían al movimiento de las manos, tenían... tienen una consistencia propia. Son más densos, menos maleables, más duraderos. Autónomos, indóciles. Este sótano se llenó de vibraciones. No le diré que solo espantaban, porque también eran hermosas. Purpúreas, espesas, embelesadoras o espeluznantes, todas esas músicas producían un azoramiento. Cada parte de este aparato es más sensible que el teclado del computador más sensible: no es necesario tocar las superficies...

Mirryog comenzó a develar su arte:

—... sino hacer el amago de tocarlas... —hizo el amago— ¡Y suena!

Brrrrummmmm...

La vibración llenó el teatro

Sentí el azoramiento, no sé si por el asombro que me producían Mirryog y su mesa, o porque comencé a respirar el aire de mitad del siglo pasado.

—¿Se imagina qué obras sonoras no haríamos si le añadiéramos a esta mesa el material de la violencia de hoy? No se lo imagine porque ya lo hice. Quieto no me he quedado todos estos años, aunque me golpeó la muerte de Alicia y durante meses me encerré en el teatro sin más compañía que nuestra mesa.

Lo miré como si se burlara de mí.

—Hijos solo he tenido el que engendramos con nuestra imaginación Alicia y yo —respondió a mi incredulidad.

Mirryog debía de tener más de cien años.

—¿Ya hizo las cuentas? Yo las sigo haciendo en términos de público, silletería llena, boletería agotada. Podríamos colmar este teatro, al fin podría estrenarlo con lleno total, como lo concebimos en esos tiempos, aunque todavía no estaba terminado. Construirlo me ha tomado años. No llevamos la mesa a las emisoras de la época porque de este material salen sonidos que dicen la verdad, que le comunican al aire el clima de la guerra, de las muertes, de los despojos, del desplazamiento. ¿Qué emisora nos iba a recibir? Y si lo grabáramos entrar a alguna con engaños, ¿quién saldría libre después de la emisión?

Mirryog tomó aire. Estaba haciendo un breve entreacto.

—¿Quién dijo que para hacer radio se necesita una emisora? ¿O un podcast? Ni siquiera un micrófono. No nos resignamos al silencio. Saliendo de esta casa hacia el cerro, todavía hay un bosquecito. Para allá nos fuimos a medianoche, Alicia, los amigos que siempre nos han acompañado y yo. Y la mesa, a la que solo le falta caminar. Nos ubicamos debajo de un alcaparro y... no la tocamos, le acercamos las manos y ella sola comenzó a esparcir su música por la falda del cerro, por entre las ramas y las hojas, que se doblaron apesadumbradas... y esa música se fue, se fue, se fue, y a medida, que se expandía por la ciudad, llenaba los sueños de los que dormían y los pensamientos de los insomnes con presentimientos, sombras y conocimientos que les impedían desentenderse de lo que estaba pasando en los campos. Emitíamos todas las noches, al tiempo que aprendíamos cómo... dominarla no, a esta mesa no se la manda, se trabaja con ella... con los años, me di maña para componer libretos de obras sonoras

en las que la mesa participa sin sujetarse a la letra. ¿Quisiera usted acompañarme en la siguiente emisión? Planeo... la mesa sugiere hacerla en el cerro de Suba. Y deseamos irnos de gira por el país, emitir desde donde a nadie le importa cosas que a todos conciernen. ¿Vendría? ¿Cuánto le pagan en la fonoteca? La mesa, que es pródiga, le dará más.

Había leído en mi horóscopo que esta semana una conmoción cósmica revolucionaría mi vida. No me imaginé esto.

Mirryog, que aún consideraba necesario convencerme, dijo:

—¿Escucharía nuestra última obra?

Yo, que no había dicho casi nada, no alcancé a responder.

—Se llama *El mar* porque entraremos al país por el Caribe, buscaremos el río Magdalena y navegaremos hacia el interior.

Mirryog onduló las manos sobre la mesa sin tocarla y comenzaron a sonar unas piedras que vi elevarse de unos tablones que se deslizaban entre las patas. El sonido de las piedras se volvió de agua y el de agua, de oleaje. El aire se llenó de un olor a sal y sentí que el teatro crujía y se desprendía del subsuelo y de la ciudad, y comenzaba a navegar por las aguas picadas del mar buscando el Magdalena.

El teatro se oscureció y me entregué a la travesía.

\*\*\*